



CAPITULO NOVENO.

Salida de Jerusalem.—Jaffa.—Hospedería Franciscana.—Historia de Jaffa.—Pérdida del P. Luque.—Embarque á bordo del *Aquile*.—Levanta anclas.—Iglesia y Convento de Franciscanos.—Alejandria.—El P. Lopitos.—El P. Gonzalitos.—Hotel Nilo.—Dificultades con Cook.—Trasborde al Semiramis.—Los PP. Hueso y Gonzalitos en la Aduana.—Mar agitado.—Embarque.—Levanta anclas el Semiramis.—Adiós á Alejandria.

QUANTOS minutos y perdimos de vista, tal vez para siempre, la histórica ciudad de Jerusalem, la que tantos años había sido el ideal que acariciábamos y el objeto que tanto tiempo ocupaba nuestra fantástica imaginación.

Comenzamos á atravesar en ferrocarril las montañas de la Judea, y en unas tres

horas tres cuartos, recorrimos 86 kilómetros que son los que separan ambas poblaciones. De suerte que, según esto, á las 11 y cuarto estábamos ya en el andén de la estación de Jaffa, donde el agente de Cook nos recibió, y en unos coches nos trasladó hasta muy cerca de la Hospedería Franciscana, en donde nos alojamos unas dos horas que dilatamos tan sólo en ir á bordo del vapor "Aquille" que ya nos esperaba.

A las doce subíamos las escaleras de la Hospedería, acompañados del hermanito Juan, quien nos presentó con el P. Guardián, el que ya tenía conocimiento de nuestra próxima llegada. Como muy poco tiempo íbamos á estar, descansamos en la sala de recibir, y de allí nos condujeron al comedor donde nos sirvieron una humilde, pero bien sazónada comida, y acabamos á la una y media de la tarde. Después subimos á la azotea para contemplar el panorama de la ciudad de Jaffa, llamada antes Joffe, esto es, *hermosa*. Su existencia data desde antes del Diluvio, pues se afirma que aquí fué construída el Area donde Noé con su familia y un par de animales de cada especie se salvaron. A consecuencia de este

prendió su reedificación por Jafet, uno de los hijos de Noé, de donde tomó su nombre.

Cuando los Israelitas entraron en la famosa tierra que manaba leche y miel, llamada de promisión, aquí se adoraba al Dios Ceto, deidad fabulosa que mitad era mujer y mitad pescado. En la repartición que Josué hiciera de la misma tierra esta población tocó á la tribu de Dan. Las relaciones de este puerto se extendieron rápidamente á lejanos países, y aquí vinieron á desembarcar las flotas de Tiro y Sidón que conducían los famosos cedros del Líbano pedidos por el Rey Salomón y Zorobabel, para la construcción del magnífico y riquísimo templo de Jerusalem. Aquí fué donde Jonás se embarcó para Tharsus contra la orden del Señor que lo mandó á predicar á los Ninivitas.

Justamente indignado Judas Macabeo contra los habitantes de esta ciudad, porque traídoramente habían ahogado 200 judíos, se presentó á pelear contra los enemigos de su pueblo en el año de 159, antes de la venida del Redentor: puso fuego al puerto, destruyó las embarcaciones y mandó pasar Diluvio fué destruída, mas después se em-

á cuchillo á los que se habían librado de semejante catástrofe. Por fin, deseando asegurar el dominio de su nación, Simón Macabeo, logró restaurarlo levantando fortificaciones fuertes, y expulsando á los enemigos.

Fué sin disputa esta población una de las primeras que abrazaron la nueva religión que al mundo había traído el Nazareno, Rey de los Judíos, á quien éstos crucificaron. Aquí estuvo San Pedro predicando esta doctrina purísima. Aquí resucitó á la viuda Fabitha. Aquí tuvo la visión misteriosa del lienzo en que pintado había muchos animales, y en la que á conocer le dió el Señor la vocación y conversión de los gentiles á la verdadera fe. Aquí fué donde se embarcó María Santísima con su hijo adoptivo Juan, para la ciudad de Efeso. Aquí, por último, se cree que los malvados judíos atentaban contra la vida de Lázaro y sus santas hermanas, obligándolas á entrar en una barca que no tenía velas ni timón, mas éstos confiaron en Aquel á quien los vientos y los mares obedecen, y llegaron felizmente á Marsella.

Muchas son las vicisitudes á que ha sido

sujeta esta ciudad, así como toda la Palestina en el trascurso de los siglos, y no obstante las persecuciones de los hombres. En 1638 un terremoto acabó por destruir una parte de la ciudad, habiendo sido enteramente asolada por el Sultán Bilbars, y más tarde en 1779 fué sitiada y entregada al saqueo por Napoleón Bonaparte, y después Ibrahím Bajé se apoderó de ella en 1832, continuando así la persecución que el Procónsul Cestio y después por Vespasiano se le declarara.

A las dos de la tarde ya había regresado el Señor Obspo de ir á arreglar con la Agencia Cook el que mi hermana, así como el P. Hueso, el P. Cárdenas, el P. Romo, el P. Delgado, el P. Gonzalitos, mi tío Modesto, el Sr. D. Cenobio Romo, D. Mariano Flores y yo pasáramos á primera categoría, pues íbamos en segunda, y habíamos quedado arrepentidos á la venida. Veinte y cuatro y medio francos que de exceso cobraron fueron satisfechos desde luego con el mayor gusto posible, pues de esta manera nos evitaríamos muchas molestias, y se haría soportable la navegación solamente hasta á Alejandría

A esta hora, pues, estaba el señor Obispo, nuestro amado y cariñoso padre, buscando á todos sus hijos para que á bordo nos fuéramos. Notamos que iba y venía, subía á la azotea y volvía á bajar, entraba y salía, y mientras tanto nadie se movía, hasta que pudimos saber que faltaba el Padre Luque, y él mismo lo buscaba, y mientras no pareció no cesó en su fatiga. Por fin, apareció el perdido, y los botes, bastante regulares, se desprendieron de la playa, que como el día anterior, estaba enteramente en calma, pues dormido se hallaba el mar y nos guardaba muchas consideraciones, pues ningún contratiempo experimentamos en este sitio tan ponderado por todos los navegantes. Atravesamos los arrecifes perfectamente y al cuarto de hora nos encontrábamos á bordo del vapor austriaco *Aquille*, donde nos acomodaron luego y muy satisfechos estábamos de nuestro cambio de categoría.

En estos vapores las horas de los alimentos son las siguientes: Hasta las ocho se desayuna, á las once y media se almuerza, se toma té á las cuatro y se come á las seis y media.

Pues bien, á las cuatro y media habían llegado todos los pasajeros, y por lo mismo, no había ya motivo para esperar más tiempo. Así es que levantaron las escalas así como el ancla y acto continuo comenzó á virar nuestro viejo vapor, quedando al poco tiempo muy lejos de Jaffa, á quien habíamos dado al tiempo de partir un adiós muy largo, y á donde tal vez no volveremos nunca jamás.

A las siete de la mañana del 13 de Abril los peregrinos mejicanos estaban en Port-Said, donde anclaba ya el vapor, yéndose luego el Padre Barbosa á celebrar, pues casi nunca, sólo que le fuera muy difícil, dejaba de hacerlo, así como los Padres Maciel, Luque y Vera. Todos bajamos á tierra para aprovechar las horas que en la bahía estaría nuestro vapor, á fin de conocer la ciudad, que es muy grande y donde existen buenos comercios. Puerto de importancia es y contará con unos 15,000 habitantes, sólo sí que se nota mucha desmoralización y una gran corrupción aun en los niños de 10 á 12 años, teniendo para asegurarlo varias pruebas que la decencia nos obliga á callar. Aquí desemboca el Canal de Suez.

Fuimos á la iglesia y convento de los Padres Franciscanos, que cuidan de la Parroquia que es su misma iglesia, la cual es esbelta, primorosa, espaciosa y muy bien aseada. Cosa de diez altares laterales tiene, y en medio se ve el altar mayor y á la derecha la sacristía. Junto á la puerta que á la calle pública conduce está una imagen de Nuestro Señor Jesucristo llevando la pesada Cruz y dando con ella en tierra, la que llamó nuestra atención por lo bien ejecutada y la perfección con que está hecha, infundiendo luego una gran devoción, así como una tierna compasión.

Dimos una vuelta por la plaza y calles principales, embarcándonos á las once, y pagando dos francos por persona por llevarnos y volvernos á traer. Algunos otros compañeros, como el Ilmo. señor Obispo, el Sr. Canónigo Romero, el Padre Hueso, la Srita. Grimaldo, mi hermana y la Srita. Orendáin, hasta las tres de la tarde se presentaron.

A las seis de la tarde levantaron anclas y tomamos rumbo hacia Alejandría, encontrándonos en alta mar al poco tiempo. El jueves catorce á las nueve y media presen-

tábase el práctico, pues habíamos llegado á Alejandría llenos de satisfacción y habiendo hecho un viaje muy agradable con la presencia del Padre Lopitos que ejecutaba muchas suertes, según él decía, y nos hacía reír con mucho entusiasmo. Mis lectores juzgarán de la candidez de nuestro compañero con lo que voy á referirles. Se presentó el Padre Lopitos y nos preguntó si queríamos hiciera una suerte. Todos contestamos en el acto que sí. Tomó tres papeletos y con saliva los pegaba en una de las coyunturas de los dedos de la mano derecha. Una vez hecho esto, preguntaba cuál quería uno se quedara, pues soplando dos habían de desaparecer; elegía uno el que le agradaba, y entonces él ponía un dedo encima del papel que debía quedarse y á los demás les soplabá. Una vez que habían desaparecido los dos, quitaba el dedo y mostraba el que uno le había señalado. Ya podrá calcularse la risa que tendríamos mientras él se quedaba muy serio y ni por entendido se daba. Después muy asustado llamaba á cualquiera y le decía: mire vd. qué pescado tan grande, ¿no lo vió? Respondía uno lo que era muy natural, no. En-

tonces él decía: ni yo tampoco. En lugar de que se molestara uno, se reía al ver sus ocurrencias.

No menos agradable era el Padre Gonzalitos cuando nos cantaba y bailaba el *loco de Venecia*; era mucha la risa y muy divertido el rato que nos proporcionaba. En fin, por todos títulos pudimos llamarnos felices y por todo debemos bendecir á Dios.

A las diez y media de la mañana anclaba el vapor en Alejandría, en donde debíamos permanecer algún tiempo mientras partía el *Semiramis* que debía conducirnos hasta el punto final de nuestro viaje. Todos se quedaron en el vapor mientras el Ilmo. señor Obispo, el Sr. Siesniega y yo nos dirigimos en un coche á la Agencia de Cook para arreglar los boletos á fin de poder trasbordar nuestros equipajes, no tener necesidad de pasar por la garita y sufrir el registro conveniente.

Algún tiempo nos demoramos en esto, pues había algunas dificultades en atención á que los pasajeros eran muchos y ya no había los camarotes suficientes según los peregrinos queríamos. En fin, después de mucho hablar se convino en que aunque improvi-

saran camas se daría el pasaje para todos los peregrinos, colocando cuatro en cada camarote. Una vez arreglado esto, pasamos á ver al dueño del Hotel Nilo, donde quedó arreglado se pagarían 9 francos por persona.

Tomamos en seguida el coche y nos dirigimos á buscar á los demás compañeros que aun se encontraban en el vapor *Aquille*. Llegamos á las once y media y se trasbordaron en el momento todos los equipajes al *Semiramis*, vapor de la misma Compañía que debía conducirnos á Brindisi; nos señalaron nuestros camarotes, y todo ya arreglado, tomamos los coches que la Agencia de Cook tenía ya arreglados, los que nos condujeron al hotel ya mencionado, y el que, dicho sea de paso, es bastante malo, sobre todo su servicio.

Después de comer salimos á conocer la población, dirigiéndonos luego á la iglesia de los Padres Franciscanos, llamada de San Salvador, á donde el día siguiente fuimos todos á celebrar, tocándome el altar dedicado á la Sagrada Familia en su huída á Egipto, llegando tanto la amabilidad de los Padres, que á todos, según íbamos concluyendo nos conducían al comedor del con-

vento y un poco de café nos obsequiaban, enseñándonos después todo el convento, el que es por cierto muy amplio, teniendo en los bajos escuelas gratuitas para niños, á donde diariamente concurren éstos en gran número.

Es Alejandría una población de bastante importancia, que cuenta con 200,000 habitantes; la mayor parte de ellos son eismáticos, por desgracia, aunque los católicos forman un número regular; son muy fervorosos y decididos defensores de la religión que profesan. Se nota gran movimiento, sus calles son muy limpias y bien empedradas; en una palabra, es una población que simpatiza y llama la atención por su adelanto y cultura.

Una cosa tan sólo vino á proporcionar un rato de disgusto á nuestros compañeros los padres Hueso y Gonzalitos, quienes en la tarde de este día se dirigieron al buque con el fin de cambiarse ropa, mas no sé qué sucedió, que los soldados que estaban de guardia en la aduana se fijaron en ellos, y si es cierto que sin dificultad alguna los dejaron penetrar, también lo es que cuando salieron les hicieron un riguroso registro

sobre todo al padre Hueso, á quien hasta los botines le registraron. Tal vez se sospecharon los soldados que serían contrabandistas; mas nada les encontraron y los dejaron en libertad.

Desde los balcones del hotel que están situados frente al mar, comenzamos á notar desde las 12 del día que el mar se agitaba y que ni aun los botecitos salían de la playa, lo cual nos causaba un poco de desasosiego, pues temíamos no entrara la calma antes de que partiéramos, lo cual así aconteció.

Nada notable pasó en la tarde de ese día y en el siguiente volvimos á ir á celebrar en la iglesia de San Salvador, pues es la única que existe en esta populosa ciudad, verificándolo yo en la capilla de la Virgen del Carmen. Nos desayunamos todos en el hotel, y á la una comimos, sin andar mucho en la calle, porque la gente se fijaba bastante en nosotros y criticaba en voz baja, de suerte que á las dos de la tarde situados estaban los coches en la puerta del hotel, los que ocupamos luego y nos condujeron á la playa, donde nos embarcamos pues los vapores atracan junto al muelle y por lo mismo no había necesidad de ocupar botecitos.